



## Deportados al peligro: los migrantes que regresan descubren un México transformado por los cárteles



By Steve Fisher and Kate Linthicum

Jan. 18, 2026 3 AM PT

- Los migrantes deportados que regresan a México tras décadas fuera descubren que deben aprender a desenvolverse en sus lugares de origen, dominados por los cárteles.
- Los repatriados son blancos fáciles para los grupos criminales: su ropa estadounidense, sus cortes de pelo y su spanglish los hacen destacar como forasteros.
- Muchos repatriados se enfrentan a secuestros, extorsiones o violencia, lo que les obliga a huir de nuevo de sus lugares de origen en lo que los expertos denominan «doble desplazamiento».

Adrián Ramírez llevaba más de dos décadas sin visitar su ciudad natal, situada al oeste de México. Cuando finalmente regresó a principios del año pasado tras ser deportado de Estados Unidos, se encontró con un lugar transformado.

Ramírez recordaba la ciudad como un lugar lleno de vida. Pero la discoteca donde solía bailar toda la noche cuando tenía veinte años ya no existía. El bullicioso mercado nocturno, donde los lugareños se reunían para comer tacos, ahora se vacía temprano. Después de las 10 de la noche, los miembros del cártel, armados con armas de uso militar, toman el control de las calles.



«Ya no es el mismo México de mi infancia», dijo Ramírez, de 45 años, que pidió que se le identificara por su segundo nombre y apellido por razones de seguridad. «Había más alegría, más libertad. Pero ya no es así».

Cualquiera que regrese a su ciudad natal después de décadas fuera notará cambios: cierran negocios antiguos y abren otros nuevos, algunas personas se mudan y otras fallecen. Adaptarse a estos cambios ha sido durante mucho tiempo parte de la experiencia de los migrantes mexicanos.

Pero muchas de las decenas de miles de personas que han sido deportadas a México por la administración Trump han pasado décadas en Estados Unidos y están descubriendo que su país también ha cambiado de manera más profunda.

Los grupos criminales, mejor armados y organizados que en el pasado, controlan ahora alrededor de un tercio del territorio mexicano, según un análisis del ejército estadounidense. Las bandas se han diversificado más allá del tráfico de drogas para extorsionar a las pequeñas empresas y dominar industrias enteras, como el comercio del aguacate y la lima. En algunas regiones, los delincuentes cobran impuestos por casi cualquier cosa: tortillas y pollo, cigarrillos y cerveza.

Algunas zonas de Michoacán, el estado natal de Ramírez, se asemejan ahora a un auténtico campo de batalla, con grupos criminales que se enfrentan entre sí con lanzagranadas, drones cargados con explosivos y minas terrestres improvisadas.

Los migrantes que regresan son vulnerables a la violencia porque llaman la atención. Muchos hablan spanglish. Sus peinados modernos, a menudo con degradados en los lados, los diferencian en las comunidades rurales. Lo mismo ocurre con su vestimenta al estilo gringo, como pantalones holgados y camisetas con los logotipos de sus equipos deportivos favoritos: Dodgers, Raiders, Dallas Cowboys. Ramírez dijo que incluso sus gestos, que habían cambiado desde



hacía años en el norte, lo identificaban rápidamente como un forastero.

Los cárteles seleccionan a los migrantes que regresan para secuestrarlos o extorsionarlos porque se percibe que tienen dinero, dijo Israel Concha, que dirige Nuevo Comienzos, una organización sin ánimo de lucro con oficinas en Las Vegas y Ciudad de México que apoya a los deportados. Los repatriados a menudo no saben cómo sortear los controles de los cárteles o las normas locales establecidas por los grupos criminales.

«Somos un blanco fácil», dijo Concha.

Concha contó que fue secuestrado y torturado por miembros del cártel en 2014, después de ser deportado a México. Dijo que 16 migrantes del grupo de apoyo de su organización han sido asesinados o han desaparecido desde que fundó su organización.

Diez de esos casos ocurrieron en el último año.

En mayo, un hombre que acababa de regresar desapareció después de dejar su trabajo en un hotel en el estado central de Querétaro, dijo Concha. Sus padres, que perdieron la esperanza de encontrarlo con vida, celebraron un funeral y una misa por él en octubre.

Ramírez abandonó su pueblo en el estado de Michoacán para irse a Estados Unidos cuando tenía 21 años, con la esperanza de ahorrar dinero para poder volver a casa y construirse una casa propia.

Pero la vida se interpuso: Ramírez se casó y tuvo tres hijos, y se quedó allí. Antes de ser deportado, se dedicaba a lavar coches y a conducir para Uber en Nashville.

Regresar a Michoacán fue agri dulce. Lloró de felicidad al abrazar a su madre y a sus hermanos por primera vez en años. Pero poco después, fue interrogado en la calle por un miembro del cártel que quería saber su nombre y a qué se dedicaba. Otro miembro del cártel le fotografió mientras paseaba por la plaza del pueblo.



Su pueblo había sido famoso en el pasado por la producción de queso. Ahora, su industria más importante es el robo de combustible, un negocio multimillonario en auge en México. Según Ramírez, los delincuentes del cártel Jalisco Nueva Generación quemaron recientemente las dos gasolineras del pueblo y mataron al propietario para afirmar su control sobre el pueblo. A continuación, instalaron sus propias gasolineras ilegales, dejando a los lugareños sin otra opción que comprarles a ellos.

Las autoridades no fueron de ninguna ayuda.

Ramírez se enteró por su familia de que el alcalde había sido elegido por el cártel. La policía también está confabulada con los delincuentes. Después de que un familiar sufriera un accidente, los policías que acudieron al lugar terminaron extorsionándolo, dijo Ramírez.

Ramírez comenzó a temer por su vida. Se preguntó si tal vez era hora de irse y, de ser así, adónde iría.

Los datos muestran que un número cada vez mayor de mexicanos se ve obligado a huir de sus comunidades debido a la violencia. Los estados de Michoacán, Chiapas y Zacatecas, azotados por los conflictos, han registrado niveles especialmente elevados de desplazamiento.

Israel Ibarra, experto en migración del Colegio de la Frontera Norte, dijo que los migrantes que regresan a comunidades devastadas por la guerra a menudo terminan teniendo que marcharse de nuevo.

«No solo se convierten en personas deportadas», dijo. «Sufrirán un doble desplazamiento forzoso».

Eso es lo que le sucedió a un hombre que regresó a un pueblo a pocas horas de donde creció Ramírez, en las montañas de Michoacán. Un ganadero local contrató al migrante para que se ocupara de su rebaño de ganado.



Contratar a personas ajenas al lugar requiere la investigación y aprobación de la facción regional del cártel, lo cual el ganadero no había hecho. Ningún lugareño se había atrevido a ayudar al ganadero a reparar su cerca y cuidar de su rebaño debido a los requisitos del cártel, lo que dejaba al ganadero con una oferta de empleo limitada.

El migrante, que se negó a dar su nombre por temor a por su vida, no era plenamente consciente del poder que ejercían los cárteles y aceptó el trabajo. El ganadero también pagaba mejor que otros, para consternación del cártel de Jalisco, que controla los salarios en la zona.

Una mañana, unos sicarios llegaron a la casa del migrante y dispararon ráfagas de balas contra el edificio. El trabajador huyó por la puerta trasera mientras los hombres armados irrumpían en el interior.

«Me dejaron en la ruina», dijo. «Se lo llevaron todo». Se escondió en la capital de Michoacán.

La presidenta mexicana Claudia Sheinbaum presume de datos que muestran que los homicidios disminuyeron durante su primer año en el cargo. Pero el número de personas desaparecidas ha aumentado en todo el país, especialmente en las regiones controladas por los cárteles. Y los impactantes actos de violencia siguen acaparando los titulares.

«Muchas de las personas que se marcharon hace tiempo están regresando a comunidades que son mucho más violentas que cuando se fueron», afirmó Andrew Selee, del Instituto de Política Migratoria con sede en Washington D. C.

En Michoacán, en otoño, el cártel de Jalisco fue acusado de asesinar a un destacado alcalde que se había comprometido a llevar a los delincuentes ante la justicia. En diciembre, el grupo detonó un coche bomba en un municipio situado en una de las principales rutas de tráfico de cocaína, matando a cuatro agentes de policía.



Las deportaciones a México fueron menos numerosas el año pasado que en cualquiera de los dos años anteriores, según datos del Instituto Nacional de Migración del país. Pero la campaña de deportación de línea dura del presidente Trump significa que menos migrantes que fueron devueltos a México están intentando volver a cruzar a Estados Unidos, según los expertos.

El gobierno de Sheinbaum puso en marcha un programa de reintegración llamado «México te abraza», que ha proporcionado un apoyo limitado a los repatriados, según los defensores de los migrantes.

Según el programa, los migrantes deben recibir alrededor de 100 dólares y un billete de autobús para volver a su ciudad natal. Pero Concha afirma que algunos no reciben el dinero y que los migrantes necesitan mucha más ayuda. «El programa no funciona», afirma Concha. «Necesitamos algo más completo que también apoye la salud emocional y mental».

Ramírez quiere volver a Estados Unidos para estar con su familia, pero teme acabar detenido allí.

Echa de menos a sus hijos y sueña con comprarles billetes de avión para que puedan visitarlo. Pero teme exponerlos a la violencia de México. «Aquí la vida es muy diferente», afirma. «Me duele lo que está pasando».

Hace unos meses decidió abandonar su pueblo. La localidad en la que vive ahora parece más tranquila, aunque también está controlada por el cártel de Jalisco. Después de conseguir trabajo en una tortillería, su nuevo jefe le advirtió: es posible que los miembros del cártel se pasen por allí para preguntarle de dónde es.